

4 de abril de 1970

Querida Fay:

Por razones bastante obvias regresar al pasado me causa mucho dolor.

Como individuo, como varón de nuestra raza, tengo tan solo la digna cicatriz de los duros años pasados, para demostrar que no me he dejado morir en el lecho de enfermo sobre el que me arrojaron tantas veces. Ya he oído la lección del pasado y también he intentado olvidarla.

He bebido intensamente de fuentes repletas de hiel, he nadado contracorriente en Blood Alley,⁴⁶ Urban Fascist Amerika,⁴⁷ he restregado mi nariz en la mierda; la cuota de odio con la que me he armado es inmensa; hasta he tratado de olvidar, y disimular. Se trata del mecanismo de defensa estándar de todo varón negro.

Pero en mí no ha dado buen resultado. Puede que me ocurra solo a mí, pero sospecho que forma parte de la penosa condición negra que los momentos realmente malos se graben clara y permanentemente en la mente, mientras

⁴⁶. En mayúsculas en el original; además del juego de palabras con «callejón sangriento», parece ser una referencia al filme *Blood Alley*, dirigido por William Wellman y protagonizado por John Wayne y Lauren Bacall. Aunque resulta contradictorio, ya que es una película abiertamente antichina (el personaje interpretado por John Wayne ayuda a huir a los habitantes de una aldea entera de la China comunista a Hong Kong), la temática tiene que ver claramente con la idea de fuga.

⁴⁷. En mayúsculas en el original.

que los breves resplandores de satisfacción se pierdan de inmediato, de modo que la ominosa pesadilla permanece suspendida de forma amenazadora sobre nosotros.

Mi memoria es casi perfecta; ni siquiera el tiempo ha logrado difuminar mis recuerdos. Recuerdo hasta el primero de mis golpes; yo he vivido a través del paisaje, he muerto sobre el paisaje, me he recostado en las tumbas, profundas y sin lápida de los millones de negros que fertilizan el suelo americano con sus cadáveres; el algodón y el maíz crecen en mi pecho, hasta la tercera o cuarta generación, la décima, la centésima. Mi mente va y viene a través de innumerables generaciones, y siento todo lo que ellos sintieron, pero multiplicado. No puedo evitarlo; hay muchas cosas que las veintitrés horas y media que paso en esta celda me recuerdan permanentemente. No transcurren diez minutos sin que algo me haga recordarlo. En los intervalos, especulo sobre la forma que tomará ese algo.

Aquí oímos, relajados, conversaciones que sugieren la mejor manera de matar a todos los negros de la nación y hasta el orden en que habría que realizar ese genocidio. Lo que me altera no es el hecho de que ellos piensen en la matanza. Han estado «matando a todos los negros» desde hace casi cinco siglos, y continúan haciéndolo, pero aún estoy con vida. Debo de ser el hombre muerto más recalciante del universo. Lo que en realidad me altera es que ellos, al trazar sus planes, no piensan ni por un momento que voy a resistirme. ¿Creen honestamente en toda esa mierda? ¡Sí lo hacen! Dicen de nosotros exactamente lo que piensan: han destruido y condicionado todos nuestros reflejos de ataque y defensa hasta tal punto que carecemos de una región del cerebro que aloje esos principios sobre los que los hombres se apoyan para resistir. ¿No hablan acaso de campos de concentración? ¿No declaran acaso que si no se levantan campos en Estados Unidos es porque los fascistas de aquí son fascistas buenos? Y no porque sea

imposible encarcelar a treinta millones de resistentes, sino porque ellos son imperialistas muy humanos, fascistas inteligentes. Así piensan.

Pues bien, han cometido un grave error. Recuerdo el día de mi nacimiento, el primer día de mi vida. Fue durante la Segunda —y más destructiva— Guerra Mundial, librada en pro del privilegio colonialista. Ocurrió muy temprano, en la mañana lluviosa de un miércoles, a finales de septiembre, en Chicago. Nací en una cama pequeña de esas que se pliegan sobre la pared, en un pequeño apartamento en Racine y Lake. Me atendió el doctor Rogers. El ruido del tren aéreo matraqueaba a cinco metros de nuestras ventanas —de las únicas dos ventanas—, chillaba sobre mí como un *banshee*,⁴⁸ presagiando el dolor y la muerte amenazadora e inminente. El primer movimiento que enfocaron mis ojos fue el de una agresiva mano rosada que se desplazaba en arco hacia mi negro trasero. Detuve la mano, manteniendo la izquierda baja para defenderme, clavé mi afilado dedo derecho en el ojo del dueño de la mano. Nací con mis reflejos defensivos bien desarrollados.

La cosa será así: «Mátame si puedes, imbécil». Y no: «Mátame si quieres».

Pero déjales hacer sus planes bajo la suposición de que «de tal esclavo, tal hijo». Eso no va conmigo: ellos han facilitado mi defensa. Si un poli le da las llaves a un grupo de presos de derechas, ellos abrirán nuestras celdas una a una en todo el edificio. No quieren escapar ni enfrentarse a los hombres que los tienen encerrados. Solo matándonos a todos nosotros pueden resolver sus problemas. Piensa un poco: esos tipos están a pocas celdas de la mía. Ninguno de ellos ha vivido nunca de verdad; en su mayor

⁴⁸ En Irlanda y Escocia, se individualiza con ese nombre a un fantasma agorero: sus lamentos, entonados bajo una ventana, anuncian la muerte. (N. del T.)

parte han sido mantenidos por el Estado en instituciones como esta. No esperan nada, absolutamente nada: tal como ven las cosas, no tienen nada que perder. Al defender los ideales de la derecha y del orden establecido, están expresando afectuosamente la idea de que noventa y nueve años y un oscuro día de prisión es su forma de pasárselo bien. La mayor parte de ellos entran y salen y la mayoría vive dentro todos sus días. Los períodos que pasan fuera son considerados como fugas. Expresado burdamente, consideran más naturales los períodos pasados en prisión; tienen más que ver con sus gustos. Pues bien: yo comprendo su condición y sé cómo llegaron a ser de esta manera. Honestamente, podría simpatizar con ellos si no estuvieran tan equivocados, si no fueran tan estúpidos como para dejar que los cerdos les utilicen. Parece la Alemania de los años 30 o 40. Y fuera ocurre lo mismo. Puedo aventurarme a afirmar que no hay una sola acción ni un título de propiedad de algún miembro de la familia de los cerdos que asesinaron a Fred Hampton. Organizan marchas alrededor del país, manifestaciones y muestras de apoyo a la total e inmediata destrucción de Vietnam, y después ninguno está en condiciones de pasar la factura. Los fascistas, según parece, tienen ya su *modus operandi* para tratar con las clases bajas; es el mismo que han aplicado siempre en la historia, bajo todos los sistemas de opresión. Han logrado que los hombres actuasen en contra de sus propios intereses: piensa en todas las pequeñas cosas con las que llegan a comprarnos, cosas inocentes que solo a algunos de nosotros nos hacen sentir culpables; piensa en cómo la gente menos favorecida se ha entregado al Poder; piensa en un preso partidario de la pena de muerte, frente a la Corte por un delito capital. Te juro que hoy he escuchado algo semejante. Y los negros optan por el capitalismo: es el ejemplo más antinatural que pueda ofrecer la historia del hombre contra sí mismo. Después de la Guerra Civil,

la forma de la esclavitud cambió: hemos dejado de ser bienes familiares para someternos a la esclavitud económica; fuimos arrojados al mercado de trabajo a competir, en desventaja, con los blancos más pobres. Desde entonces, nuestro principal enemigo debe ser señalado e identificado con el capitalismo. El negrero era y es el propietario de la fábrica, el hombre de negocios de la Norteamérica capitalista; responsable de los empleos, de los salarios, de los precios y hasta del control de las instituciones y de la cultura nacional. La infraestructura capitalista de Europa y Estados Unidos es responsable del saqueo de África y Asia. Fue el capitalismo el que asesinó a aquellos treinta millones en el Congo. Debes creerme, el capitalismo europeo y angloamericano nunca gastó balas y pólvora en otra cosa que no fuera la lógica de la pérdida y la ganancia. Los hombres, todos los hombres que fueron a África y a Asia, los parásitos que se treparon a lomos de elefantes con la idea del saqueo merecen sobradamente los insultos que se les dedican. Cada uno de ellos merece la muerte por sus crímenes, igual que la merecen los que todavía se encuentran en Vietnam, Angola, Unión de Sudáfrica⁴⁹ (¡USA!). Pero no debemos permitir que los aspectos emocionales de este asunto —la espuma de la superficie— obstruyan nuestra visión panorámica y oculten toda la podredumbre. El capitalismo armó los navíos, la libre empresa los lanzó, la propiedad privada alimentó a las tropas. El imperialismo nació al mismo tiempo en que dejaba de existir, oficialmente, el comercio de esclavos. Cuando terminó el comercio

⁴⁹ Se refiere aquí a la Union of South Africa, la denominación entre 1910 y 1961 de las colonias británicas en el sur de África, incluidos los territorios bóeres anexionados en 1902. Independiente a partir de la Declaración de Balfour de 1926, esta formó parte de la Commonwealth hasta su conversión en la República Sudafricana en 1961, que durante décadas mantuvo el *apartheid* racista como forma de organización social y estatal.

de esclavos fue que Norteamérica, Inglaterra, Francia y Holanda se establecieron formalmente en suelo afroasiático. Al tener lugar la revolución industrial europea, nuevas atracciones económicas reemplazaron a las antiguas: la antigua esclavitud fue sustituida por la neoesclavitud. El capitalismo, la «libre» empresa, la propiedad privada de los bienes públicos armó y lanzó los barcos y alimentó a las tropas; debe quedar claro que fue el afán de lucro lo único que los inspiraba.

Fue el afán de lucro el que creó los suburbios y las ciudades satélites. El concepto de pérdidas y ganancias previene la reparación y la manutención. La libre empresa introdujo la monopolización mediante cadenas comerciales en los barrios. La idea de la propiedad privada sobre los bienes y servicios que la gente necesita para existir puso a la legión de cerdos brutos y pistoleros sobre nuestras cabezas, nuestras casas, nuestras calles. ¡Están ahí para proteger al empresario! A sus franquicias de tiendas, a su propiedad, para que tú proveas de rentas a sus bancos.

Si el empresario decide que ya no quiere venderte alimentos —digamos, porque el dólar yanqui que tanto apreciamos perdió de pronto sus últimos treinta centavos de poder adquisitivo—, la propiedad privada dejará expedita una sola vía de acceso a quienes deseen comer: quebrantar la ley. La *gran rata* Daley⁵⁰ ha ordenado disparar contra todos los saqueadores.

El capitalismo negro: el negro contra sí mismo. La más necia contradicción de una larga cadena de tontas y estúpidas contradicciones. Otro último remedio indoloro: ser más fascista que el fascista. Bill Cosby actuando como

⁵⁰ Alcalde de Chicago, antes carnicero, ordenó a la policía que disparara sobre los que se dedicaran al pillaje, en medio de los disturbios que asolaron la ciudad durante la Convención del Partido Demócrata de 1968. (N. del T.)

agente del régimen constituido: ¿qué mensaje ha estado transmitiendo este hermano del alma a nuestros hijos? *I Spy* ha sido programado ciertamente por una mentalidad infantil. Ese perro fugitivo en compañía de un fascista con una causa, un lacayo del lacayo, ha estado transmitiendo el credo del esclavo a nuestra juventud, la versión moderna del negro de la antigua mansión. No debemos descansar hasta que esta gente esté en nuestro poder. Ellos son una parte importante de la represión, más aún que la rata soplona que informa a los cerdos en la vida real. ¿Acaso no le están diciendo a nuestros hijos que es muy romántico ser un perro fugitivo? Los chicos están tan ansiosos por ver al negro macho disparar su pistola y dar puñetazos que no pueden evitar sentirse identificados con su personaje. De manera que primero nos vuelven contra nosotros mismos, impidiendo toda posibilidad de confianza, luego el fascismo toma cualquier fuerza divisible latente y la convierte en una escisión verdadera: racismo, nacionalismo, religiones.

Tienes a *spic, dafo, jew, jap, chink, gook*⁵¹ y *pineapple* y al autobús negro que representa a las Naciones Unidas de África. Todo se basa en que es fácil persuadir al hombre insignificante que jamás mató a nadie, diciéndole que si se incorpora al ejército recorrerá el mundo al módico precio de asesinar a un *gook*. Claro que no se trata de matar a un hombre solamente: «polacos», «comedores de ranas», *choucroutes*.

Tanta infamia descarriló hacia los años treinta. A la gente de ciertos círculos le gusta olvidarse, pero cuando se les escapa cualquier referencia a este período es con epítetos defensivos tales como «pasado de moda», «simple

⁵¹ El argot racista llamaba *gook* al Vietcong; las otras expresiones («judío», «extranjero», etc.) son más antiguas: las empleaban durante la guerra del 1914-1918 los afiliados al Ku Klux Klan. (N. del T.)

socialismo añejo» y «fuera de época»; la moda no me concierne, voy detrás de los hechos, y los hechos establecen que nadie, absolutamente nadie en el mundo occidental y muy pocos en el resto del mundo —esto incluye incluso a los que nacieron ayer—, escapó al brutal efecto de ese momento en que la ruleta del capitalismo señaló la Gran Depresión. El golpe afectó a todas las naciones de la tierra. Si hasta Rusia, que no tenía un mercado de existencias ni consecuentemente un ciclo de comercio, resultó afectada: en primer lugar, por la guerra que se desató y creció debido a los esfuerzos por restablecer la «buena» marcha de la maquinaria, y en segundo lugar por el efecto que tuvo el *crack* sobre otras naciones con las que Rusia debía negociar. Y, puesto que el capitalismo internacional estaba llegando en ese entonces a su grado máximo de expansión exterior, no hubo territorio africano, asiático o latino que no sufriera las consecuencias de la Gran Depresión. Todas las sociedades del mundo que vivían de una economía monetaria fueron atrapadas por la crisis. Si existe alguna duda al respecto de que la influencia de la Gran Depresión puede observarse todavía hoy, basta con rastrear sus efectos en la mentalidad actual para disiparla. O todos los pueblos del mundo, todos a la vez, han sufrido un ataque de cretinismo hereditario, o se trata, como afirmo, de la «mano invisible» de Adam Smith, porque la analogía entre una y otra época no puede ser más exacta. Y me refiero al cretinismo en su acepción patológica: una deficiencia congénita de las secreciones de la glándula tiroides, que ocasiona deformidad e idiotez. Las leyes de la causalidad vinculan la Gran Depresión con la Segunda Guerra Mundial. El crecimiento del poder nazi en Europa puede ser atribuido a la Gran Depresión. Los fascistas (WASP)⁵² de

⁵² WASP son las iniciales de «blanco, anglosajón y protestante», en inglés, pero, además, *wasp* significa también «avispa». (N. del T.)

Estados Unidos deseaban secretamente la guerra con Japón para estimular la demanda y controlar el desempleo. El silogismo es perfecto.

Queda por analizar la condición de los judíos que sobrevivieron en Europa, y habría que hacer lo mismo con el pueblo de Hiroshima y Nagasaki. Pero no debemos aislar a los grupos. La casualidad encadena a todos ineludiblemente con el pasado. Hoy no existiría un solo justo si sus padres no hubieran muerto de hambre en ese período o si hubieran sucumbido a la trampa fascista que pretendía distraer a la clase obrera de la realidad económica de la lucha de clases. Los nazis se preocuparon por convencer a las clases bajas alemanas, y también a otros grupos nacionalistas europeos, de que sus problemas económicos no se debían a la aplicación de principios equivocados sino a la existencia de judíos dentro del sistema y a la escasez de mercados —colonias—. La intención obvia era oponer a dos sectores de clase baja, el germano oprimido contra el judío pobre, en lugar del alemán explotado contra la privilegiada clase alta de Alemania.

El fascista americano usó miles de planes similares, maniobras de dilación para evitar que el pueblo cuestionara la validez de los principios sobre los que se sustenta el capitalismo; logró poner al pueblo contra sí mismo: pueblo contra pueblo, un pueblo contra otros grupos populares. Siempre promoverán la competencia (mientras ellos practican alianzas); nuestra división, nuestra mutua desconfianza, nuestro sentimiento de soledad sirven a sus propósitos: crear algo que está en las antípodas del amor.

El objeto principal de la organización fascista es el de proteger al capitalismo mediante la destrucción de la conciencia, la confianza y la unidad de la clase obrera. Mi padre tiene hoy unos cuarenta años, hace treinta y cinco vivía sus años más formativos. Era un hijo de la Gran Depresión. Quiero que prestes atención —para referencias

posteriores— al hecho de que enfatizo y señalo una diferencia al hablar de la *Gran Depresión*. Han habido otras muchas depresiones internacionales, nacionales y regionales durante el período histórico que se relaciona con este comentario.

Hoy en día, millones de negros de la generación de mi padre siguen vivos. Son producto de un medio totalmente deprimido. Todos los varones vivieron siempre bajo la más terrible de las incertidumbres; ninguno de ellos fue capaz de comprender que una mórbida privación económica, una utilización enorme y ultrajante, estaba en los cimientos de sus caracteres.

Mi padre desarrolló su temperamento, sus convenciones, convicciones, rasgos y estilo de vida, a partir de una situación que comenzó con el abandono. Su madre lo dejó a él y a sus hermanos mayores al borde de uno de esos grandes arroyos, en St. Louis East. Crecieron en las calles, luego en una hacienda de algún lugar de Luisiana. Este hermano, mi padre, no tuvo educación formal de ningún tipo. Más adelante aprendió por sí mismo las cosas esenciales. Solo, en la más hostil de las junglas de la tierra, gobernada por el rey de las bestias, debe afrontar la prolongada agonía de una muerte sangrienta. Solo, en el momento más salvaje de la historia, sin armas y portando una piel negra que debe ocultar. Yo amo a este hermano, a mi padre, y cuando uso la palabra *amor*, no hago retórica. Mi intención es la de expresar un impulso desenfrenado y resplandeciente, que sale de la región más profunda de mi alma; una cosa inalterable que nunca he cuestionado. Pero nadie puede pasar por las pruebas que sufrió mi padre sin sufrir el castigo de la psicosis. Es el precio por sobrevivir. Puedo aventurarme a afirmar que no hay hermanos de esa generación con buena salud, *absolutamente ninguno*.

Este hermano ha llegado a la mejor edad de la vida sin haber mostrado nunca en mi presencia —o ante otras

personas que yo conozca— una abierta manifestación de sensibilidad verdadera, afectuosidad o sentimientos. Ha vivido su vida íntegramente en estado de *shock*. Nada puede tocarle ahora, su calma es completa, su inmunidad ante el dolor es total. Cuando puedo conseguir una mirada fija de él, algo que no sucede a menudo, puesto que cuando sus ojos no están cerrados se encuentran protegidos por una sombra, observo en su rostro la inexpresiva máscara de un zombi.

Pero debe de habernos amado, estoy seguro de eso. Parte del credo del nuevo esclavo, del esclavo moderno, que tiene los medios como para moverse de un lado al otro, es zafarse de cualquier situación que se vuelva muy difícil. Pero él se quedó con nosotros; trabajó dieciséis horas al día, después de lo cual comía, se bañaba y dormía durante un rato. Nunca tuvo más de dos pares de zapatos en toda su vida, y en el tiempo en que yo vivía con él nunca tuvo más de un traje, nunca bebió un solo trago, nunca visitó un club nocturno, no expresó ninguna afición hacia tales cosas, y nunca nos lo hizo saber: jamás esperó que se destacara el hecho de que nos estaba entregando todo el esfuerzo y actividad vital que había logrado arrancarle al monstruoso engranaje. Fuimos nosotros, yo con toda seguridad, quienes sufrimos en mayor medida por esa parte que el engranaje absorbió; su espíritu, herido de muerte por un mundo que otros habían hecho. Y, sin embargo, ninguno de nosotros hizo un verdadero esfuerzo para ayudarle a soportar esta vida. Claro que ¿cómo puedes consolar a un hombre cuando se muestra inabordable?

Fue a visitarme cuando estaba en San Quintín. Andaba cerca de los cuarenta en ese entonces; la edad en que un hombre se encuentra enteramente desarrollado. Yo había decidido aproximarme a mi padre, obligarlo con mi dialéctica revolucionaria a cuestionarse algunas de esas barreras mentales que él mismo había levantado para proteger

su cuerpo contra lo que se le aparecía como un indefinible y omnipresente enemigo. Un enemigo que dejaría que padeciera hambre, que lo expondría a los elementos desatados o lo encadenaría; que encarcelaría su cuerpo, lo aporrearía, lo rasgaría en tiras, lo colgaría, lo electrocutaría y lo envenenaría con gas. Yo debía hacerle comprender que si bien guardaba a salvo su cuerpo, había logrado eso al terrible precio de entregar su mente. Sentía que podía imponer la explosiva doctrina de la autodeterminación —lograda a través del gobierno del pueblo y la cultura revolucionaria— a lo que aún restaba de su inteligencia; que podía devolverle al mundo real y señalarle a sus verdaderos enemigos; si podía forzarlo a la catarsis revolucionaria de Fanon, le haría un buen servicio a él mismo, al pueblo, a la obligación histórica.

San Quintín estaba en temporada de motines. Era a principios de enero de 1967. Los cerdos llevaban tres meses dedicados al pillaje, el registro y la destrucción en nuestras celdas, que eran invadidas a cualquier hora del día o de la noche por el piquete de salvajes: te despertaban, recibías la paliza, te registraban hasta la piel y esperabas en el pasillo, desnudo, mientras ellos destrozaban tus pocos efectos personales. Este tratamiento, la terapia del miedo, sin embargo, no era aplicado a todos; algunos chicanos, protegidos por la droga, y algunos blancos, protegidos por actividades de extorsión, se libraban. La mayor parte del tratamiento caía sobre nosotros. El terror rehabilitador. Todo cerdo nuevo debe pasar por un período de prácticas, un servicio de entrenamiento, en el que aprende las artes de la Gestapo, toda la variedad de tácticas para la lucha cuerpo a cuerpo que se espera que utilice en su trabajo. Parte de este servicio de entrenamiento en la estructura de internamiento está ocupado por un curso intensivo de combate cuerpo a cuerpo, en que los cerdos aprenden a usar la cachiporra y la manopla, a endurecer las manos

para practicar karate, y saber dónde pegarle a un hombre con esas manos para obtener el mejor —o peor— efecto.

Los nuevos cerdos deben pasar una temporada en la escuadra de salvajes antes de adoptar sus roles específicos en la granja de animales. Siempre están ansiosos por ensayar sus nuevas mañas —para ver si verdaderamente funcionan—; siempre se nos obligaba a hacer algo para contrarrestar sus golpes y así demostrar que la violencia es un arma de doble filo. Esto debía hacerse por lo menos una vez al año, o quedaríamos tan golpeados y fracturados como un *thai boxer* antes de que se cumpliera nuestra condena. Los hermanos querían protestar. La protesta acostumbrada era la huelga, el paro, el cierre de las tiendas de golosinas donde se fabrican productos industriales por dos centavos la hora. Algunos reciben cuatro centavos después de seis meses de trabajo. Los interesados de fuera, los que hacen dinero con esa explotación, no cuentan con las huelgas; eso significa que al capitán tampoco le placen, pues desencadenan presiones sobre su persona, que provienen de las conexiones políticas con los libres emprendedores.

Enero en San Quintín es lo peor que te puede pasar. Hace frío cuando no tienes la ropa apropiada, es húmedo y lúgubre. Los macizos muros verdeamarillentos que rodean el patio superior tienen entre dieciocho y veinte metros de altura. Te hacen pensar que tu condición es permanente.

En el momento que quiero relatar, mi padre había conducido solo, toda la noche, desde Los Ángeles; de las últimas cuarenta y ocho horas, había dormido apenas dos.

Nos dimos la mano y comenzó la dialéctica. Me escuchaba mientras yo insultaba al perro diabólico: el capitalismo. ¿Acaso no había criado cerdos y asesinado a vietnamitas? ¿No se había engullido a algunos de nosotros tras matar por hambre a la mayoría de los nuestros? ¿No nos había segregado en viviendas que parecían prisiones,

mientras erigía hoteles de lujo y apartamentos que se parecen a los Jardines de Babilonia, en la misma calle? ¿No había construido un hospital y luego una bomba? ¿No había levantado una escuela y, al mismo tiempo, un prostíbulo? ¿No había construido un avión para vender una pastilla contra el mareo? Por cada iglesia, ¿no levantó una prisión? Por cada descubrimiento médico, ¿no produjo al menos diez nuevos agentes biológicos bélicos? ¿No engrandeció y luego empuñó a hombres como Hunt y Hughes?⁵³

El repuso, «sí, pero ¿qué podemos hacer? Son demasiados esos bastardos». Sus ojos se ensombrecieron y su mente se perdió en una regresión total, un retorno a través del tiempo, del espacio, del dolor, del descuido: miles de sueños defenestrados, promesas rotas, ambiciones olvidadas; atrás, a través de cientos de esperanzas renovadas, hasta estrellarse con el tiempo en que era joven y vagaba por el campo de Luisiana buscando algo que comer. Habló durante diez minutos de cosas que no pertenecían al presente, de gente a la que yo desconocía: «Tendremos que llevarle algo a tía Bell». Mencionó lugares que nunca habíamos visto juntos. Me llamó por el nombre de mi hermano dos veces. Era tan fuerte el choque, que lo único que pude atinar a hacer fue sentarme y parpadear. Este era el individuo que no se tomaba nada en serio, el negro práctico de mente uniforme, el hombre rutinario que nunca se queja, sereno, el dócil *gentleman* de color. Lo han conducido hasta el abismo de la locura; y justo detrás de la apariencia blanca acecha la terrible y vengativa locura negra. Todavía hay vivos muchos negros de su generación, la de la Gran Depresión, la época en que ya no fue posible para el negro ni siquiera ser un sirviente. Hasta eso se había esfumado. Los negros se peleaban y mataban por trabajos

⁵³. Multimillonarios estadounidenses. (N. del T.)

como los de portero, botones, fogonero, buscador de perlas o limpiabotas. Se enciende mi ira por ellos: les perdono, puedo comprender, y si ellos suspenden la colaboración con el enemigo fascista ahora mismo y apoyan nuestra revolución con solo un asentimiento, nosotros olvidaremos y les perdonaremos por habernos soltado desnudos en un mundo nocivo y repugnante.

Las opresión de las colonias negras de Estados Unidos nos ha mantenido en situación de depresión desde el final de la Guerra Civil. Hemos vivido en depresión desde el final de la esclavitud. El comienzo de la nueva esclavitud estuvo marcado por el desempleo y el subempleo, algo que subsiste todavía. La Guerra Civil destruyó al aristócrata terrateniente, el dictador de la clase agraria fue desplazado por el dictador de la clase capitalista industrial. El neoesclavista destruyó la plantación antieconómica y construyó sobre sus ruinas una fábrica y miles de subsidiarias para servir al sistema. Y, puesto que no teníamos más experiencia que en técnicas agrícolas que habían probado ser antieconómicas, los servicios subsidiarios y las ocupaciones serviles cayeron sobre nosotros. Somos una cultura subsidiaria, un área oprimida dentro del monstruoso sistema que nos ha engendrado. Las otras cuatro etapas del ciclo de la economía capitalista son: recuperación, expansión, inflación y recesión. ¿Hemos vivido acaso una etapa de recuperación o expansión? Somos adversamente afectados por las tendencias inflacionarias de la economía global. ¿Quiénes son los que más sufren cuando suben los precios de los artículos de primera necesidad? Cuando la economía matriz se sumerge en la inflación, en el receso, nosotros nos sumergimos en la subdepresión. Cuando ella cae en la depresión, nosotros sucumbimos a la desesperación total. La diferencia entre lo que atravesó la generación de mi padre durante la Gran Depresión y lo que estamos pasando nosotros es simplemente una cuestión de

gradación. Nosotros podemos encontrar de vez en cuando un trabajo que hacer por los caminos. Ellos no podían. Tenemos la posibilidad de ir a casa a pedirle de comer a mamá cuando las cosas están difíciles. Ellos no podían. Ahora hay seguro social y trabajo doméstico para mamá. En ese entonces no había nada parecido al seguro social.

La depresión es un imperativo económico. Forma parte del ciclo económico del capitalismo y es uno de sus aspectos intrínsecos. Las colonias —mercados secundarios— serán siempre áreas deprimidas, porque la demanda de trabajo decrece constantemente al mismo tiempo que los operarios se especializan ante el avance de la automatización; de esa forma, el colonizado, que no accede a la especialización, tampoco goza de movilidad socioeconómica. Además, aunque se nos permitiera aprender las nuevas técnicas, no progresaríamos demasiado. No serviría, porque la demanda laboral tiene un techo fijo. Ese techo baja de altura con cada avance de las técnicas de producción. Aprender las nuevas técnicas no serviría más que para enfrentarnos competitivamente a otros trabajadores, en una lucha que no podemos ni deseamos ganar. No hay puestos de trabajo esperándonos en el mundo de los negocios y, de ninguna manera, queremos usurparlos a otros obreros. Sería como capitalizarse con la energía del pueblo. Nuestro enemigo es el capitalismo y no hay otro remedio contra él que destruirlo. El sistema es incompatible con la creación de una moderna sociedad industrial y urbana. El hombre nace encadenado. El actual contrato entre gobernantes y gobernados perpetúa este encadenamiento.

Los hombres que detentan posiciones de mando tienen una deuda con los hombres que han confiado en ellos para una distribución equitativa de bienes y privilegios. Cada individuo nacido en las ciudades norteamericanas debiera llegar a un mundo que le asegurara todas aquellas

cosas que son necesarias para la supervivencia. Los aspectos sociales de importancia, la educación, el servicio médico, la alimentación, la seguridad, la vivienda y hasta las relaciones humanas deben estar garantizadas desde el nacimiento. Estos han sido enunciados de los que toda sociedad civilizada ha hecho bandera hasta ahora. ¿Por qué un hombre se deja gobernar por otro? ¿Qué otro propósito que el de asegurar lo que prometen sus nombres tienen los ministerios de Salud, Educación y Bienestar o de Vivienda y Desarrollo Urbano? ¿Por qué otorgamos a esos hombres poder sobre nosotros? ¿Por qué les damos nuestros impuestos? ¿A cambio de nada? ¿Para que ellos puedan aducir que el mundo no les debe nada a nuestros hijos? El mundo nos debe a cada uno de nosotros la subsistencia desde el mismo día en que nacemos. Si no es así no vale la pena hablar de civilización y ya podemos dejar de reconocer la autoridad de los administradores. La evolución de la gran sociedad moderna metropolitana ha completado nuestra dependencia respecto del Gobierno. Individualmente, no podemos alimentarnos ni alimentar a nuestros hijos. No podemos entrenarlos por nuestros propios medios ni educarlos en el hogar. No podemos organizar nuestro propio trabajo dentro de la estructura urbana. En consecuencia, debemos permitir que haya hombres especializados en coordinar estas actividades. Les pagamos, les damos gloria y honores, y les dejamos el control de ciertos aspectos de nuestras vidas, de manera que ellos, a cambio, se hagan cargo de cada miembro inútil del grupo social y trabajen por él hasta que ya no sea un incapaz, hasta que pueda mantenerse por sí mismo y ofrezca su contribución.

Si un hombre nace sin porvenir alguno dentro de la sociedad norteamericana, si el credo capitalista que asegura que «el mundo no te debe los medios de subsistencia» es válido, lo que hizo la madre de mi padre no tiene nada de

monstruoso. Si es cierto que organizar no es tarea del Gobierno, el hecho de que mi padre no haya encontrado ninguna ayuda hasta que pudo ayudarse a sí mismo carecería de importancia. Pero significaría también que somos parte de una monstruosa contradicción. Y que no podemos seguir aparentando que somos más civilizados que una manada de mandriles.

¿Qué fue, entonces, lo que realmente destruyó el bienestar de mi padre, lo que condenó a toda su generación a una vida sin gratificaciones? ¿Qué es lo que ha estado trabajando contra mi generación desde el momento en que nacimos, cada día, hasta el presente?

El capitalismo y el hombre capitalista, destructor de mundos, flagelo del pueblo. No puede ocuparse de nuestras necesidades, no puede y no quiere cambiar y adaptarse a las transformaciones de la estructura social.

Las pérdidas más trágicas han sido las que sufrió el varón negro. No nos haría ningún bien extendernos en la narración de esas fatalidades: son innumerables y enumerarlas está más allá de nuestro alcance. Pero nosotros, los que hemos sobrevivido, debemos estudiarnos a fondo y preguntarnos por qué. El sistema se basa en la competencia: por la riqueza, por los símbolos, por los hombres y los títulos; y el negro contra sí mismo, el negro contra los blancos y mestizos de clase baja, una competencia virulenta, decapitadora y traidoramente asesina: el estilo de vida norteamericano. Los fascistas cooperan. Los cuatro poderes forman un mórbido y solitario cuadrilátero. Esta competencia ha matado la confianza entre los varones negros, entre los que se ha establecido un premio a la desconfianza. Cada negro ve al otro como su competidor; el negro inteligente y práctico es aquel al que no le importa nada de ningún asno viviente, el cínico que ha pasado por encima de cualquier principio con el que se haya tropezado por casualidad. No podemos vivir si entendemos el amor bajo

la suposición de que el receptor lo utilizará como un arma contra nosotros. Vamos a empezar de nuevo. La próxima vez vamos a dejarnos ver, vamos a dejar de traicionarnos y vamos a añadir algo de confianza y amor.

Y en este amor no incluyo a quienes apoyan al capitalismo de algún modo visible, o a quienes sienten que tienen algo que perder con su destrucción. Son nuestros enemigos irreconciliables. Nunca más podremos confiar en gente como Cosby, Glooves Davis,⁵⁴ ni en ese otro negro, el viejo conductor de autobús que testimonió en el juicio contra Huey P. Newton. Todo hombre que se ponga de pie para hablar en defensa del capitalismo debe ser derribado.

Ahora mismo, nuestro mal debe ser identificado con el hombre capitalista y su monstruosa maquinaria, una máquina insensible y lo suficientemente dura como para inflingir las heridas programadas en el momento exacto.

Nací con cáncer extremo, una llaga supurante y maligna que me ataca justo en la región posterior de los ojos y se desplaza hacia fuera para destruir mi tranquilidad.

Me ha despojado de mis veintiocho años. Nos ha despojado a todos nosotros de casi medio milenio. Es el mayor bandido de todos los tiempos; debes detenerle ahora mismo.

Recuerda las historias que has leído acerca de los otros animales de rebaño: el gran bisonte, el reno americano.

El gran bisonte o búfalo americano es un animal de rebaño, un animal social si así lo prefieres; es igual a nosotros en ese aspecto. Somos animales sociales, necesitamos a otros de nuestra misma clase para sentirnos seguros. Muy pocos hombres pueden gozar del aislamiento total. Para el hombre normal, estar constantemente solo es una tortura. El búfalo, el reno y algunos otros son como compañeros,

⁵⁴. Policía negro de Chicago que mató a Fred Hampton. (*N. del T.*)

parientes, en el sentido de que necesitan compañía la mayor parte del tiempo. Necesitan toparse los hombros y las cabezas, les gusta restregarse las narices. Nosotros nos damos la mano, nos damos palmadas en la espalda y nos restregamos los labios. De todos los pueblos del mundo, nosotros los negros somos los que más amamos la compañía de otros, somos los más gregarios. Los animales sociales comen, duermen y viajan en compañía, la necesitan para sentirse seguros. Esto quiere decir que también los animales sociales necesitan líderes. Se deduce lógicamente que si el búfalo come, duerme y se traslada en manada, le hace falta un factor coordinador; o, si no, algunos dormirían mientras otros viajan. Sin la facilidad de poder seguir al líder en un momento de crisis, la manada se disparará en cien diferentes direcciones. Por eso el búfalo, por ejemplo, ha incorporado totalmente esa necesidad de seguir al líder —igual que todos los animales sociales—. Si el líder de un rebaño de renos pierde y se desploma desde un peñasco hacia la muerte, es muy probable que toda la manada caiga tras él. El cazador entendió ese fenómeno. Los hombres de rapiña aprendieron de esa naturalidad con que se da el caudillismo entre todos los animales sociales; advirtieron que cada grupo produce naturalmente a su líder y que sobre estos líderes naturales reposa la responsabilidad de coordinar las actividades del grupo y de organizarlos para la supervivencia. El cazador de búfalos supo que si podía aislar e identificar al líder de la manada y matarlo antes, el resto del rebaño quedaría desamparado, a su merced, para ser asesinado cuando él lo considerase conveniente.

Nosotros, los negros, tenemos el mismo problema que el búfalo, su misma debilidad; y el hombre de rapiña conoce muy bien esta debilidad nuestra.

Huey P. Newton, Ahmed Evans, Bobby Seale y otros cientos de líderes negros serán asesinados de acuerdo con el esquema fascista.

Una suerte de selección natural al revés: Medgar Evers,⁵⁵ Malcolm X,⁵⁶ Bobby Hutton,⁵⁷ Brother Booker, W.L. Nolen,⁵⁸ M. L. King, Featherstone, Mark Clark⁵⁹ y Fred Hampton son solo algunos entre los muchos que han seguido ya el camino del búfalo.

El efecto que tienen sobre nosotros estas reacciones de la derecha responde a moldes clásicos y hasta podría formar parte de un manual escolar de economía y política fascista. En cuanto una cabeza negra se levanta para denunciar las condiciones críticas de nuestra existencia, es cercenada y colgada de los tribunales o la prensa. Nuestra respuesta condicionada es una esquizofrénica indiferencia, un paso atrás, una nostalgia por cosas que no existieron nunca:

⁵⁵. Medgar Evers (1925-1963) fue un activista por los derechos civiles y veterano de la Segunda Guerra Mundial, asesinado por Byron de la Beckwith, miembro del supremacista Consejo de Ciudadanos Blancos, que defendía el mantenimiento de la segregación racial en las escuelas.

⁵⁶. Malcolm X prefigura, de alguna manera, a Jackson: hijo de una familia numerosa y pobre del Norte, fue condenado a diez años de prisión por robo y tráfico de estupefacientes, alrededor de 1945. Aprovechó la cárcel para formarse intelectualmente, llegando a ser ministro y jefe de estado mayor del Black Muslim, los musulmanes nacionalistas negros de la Nación del Islam, que abandonó en 1964 para fundar el Movimiento de Unidad Afroamericana. (*N. del T.*)

⁵⁷. Bobby Hutton (1950-1968) fue miembro fundador del BPP y tesorero del partido. Después de que se conociera el asesinato de Martin Luther King, se produjo en Oakland un enfrentamiento entre algunos miembros de los Panteras Negras y la policía. Según el testimonio de Eldridge Cleaver, después de que los primeros se entregaran, Hutton, que había sido obligado a desnudarse para comprobar que no iba armado, recibió hasta doce disparos. Fue asesinado por la policía a los 17 años.

⁵⁸. Véase nota 6.

⁵⁹. Activista del Black Panther Party ejecutado en la misma operación en la que fue asesinado Frank Hampton. Véase nota 3 (del prefacio).

«Oh, happy day... Oh, happy day... Oh, happy day»;⁶⁰ autohipnosis, alucinaciones.

El líder negro en potencia observa la penosa condición del rebaño negro: la corrupción, la preocupación impertinente, la aparente falta de aptitud para afrontar la supervivencia. Él sabe que si entrega al negro medio un M16, en una semana este hermano no tendrá sino una cachiporra encima. Considera todo esto y todo lo que puede observar en el rebaño, lo sopesa con los posibles riesgos que correrá en manos del monstruo fascista. Y, naturalmente, decide ir por su propia cuenta, con el sentimiento de que no puede ayudarnos porque es imposible hacerlo; de que también él debe sacar algo en limpio.

Estos son los «negros con éxito» por oposición a «los fracasados». Los encuentras en las pistas de carreras y en las pistas deportivas, en los escenarios aparentando, jugando como los niños. Y esperando los favores del mundo, pero son tan miserables como aquellos a los que llaman «fracasados».

Nosotros hemos sido colonizados por la economía blanca fascista. De ellos hemos obtenido esta extraña subcultura y las actitudes que perpetúan nuestra condición. Las actitudes que nos hacen entregarnos a los cerdos del Klan. E incluso en ciertas ocasiones trabajar con el revólver para ellos. Fue un negro el que mató a Fred Hampton; negros que trabajan para la CIA mataron a Malcolm X; abundan negros en las nóminas de muchas fuerzas policiales que el fascismo ha empleado para protegerse del pueblo. Estas actitudes subculturales fascistas son las que nos han enviado a Europa, a Asia —una cuarta parte de los

⁶⁰. Hace referencia aquí el estribillo de un conocido tema gospel, grabado originalmente por el grupo Edwin Hawkins Singers precisamente en 1969, coincidiendo con la época en que estaban siendo escritas las cartas.

muerdos en Vietnam son negros—, e incluso a África —como en el Congo durante el intento en Simba de establecer un Gobierno popular—,⁶¹ a morir por nada. En los casos recientes de África y Asia hemos permitido que el neoesclavista nos use para esclavizar al pueblo que amamos. Estamos tan confundidos, somos tan estúpidamente simples que no solo fallamos en la tarea de distinguir el bien del mal, sino que también nos equivocamos al delimitar qué es bueno y qué es malo para nosotros, sobre los aspectos personales que conciernen a la colonia negra y su liberación. La ominosa acción económica del Gobierno, cuyo único propósito es esclavizarnos aún más, conocer nuestro número y espiarnos, de la agencia negra subsidiada por el Gobierno para infiltrarse entre nosotros y retardar la liberación, es aceptada y aún invitada y bienvenida por algunos, mientras que los Panteras Negras son excluidos y obligados a buscar protección entre el pueblo. El Pantera Negra es nuestro hijo y hermano, el único que nunca tuvo miedo. No fue tan perezoso como los demás, ni tan estrecho de miras. Si permitimos que la maquinaria fascista destruya a estos hermanos, las posibilidades de nuestro sueño de autodeterminación y de un verdadero control sobre los factores que influyen en nuestra supervivencia morirán junto a ellos, y las generaciones venideras nos maldecirán y condenarán por nuestra cobardía irresponsable. Yo tengo un joven y

⁶¹. Se refiere aquí a la rebelión Simba en Congo-Léopoldville, actual República Democrática del Congo, en 1964, una revuelta contra los abusos gubernamentales, en la que se reflejó la decepción popular por los resultados de la independencia. La rebelión, liderada por grupos maoístas y tropas mayoritariamente de la región de Kivu, consiguió ocupar casi la mitad del territorio y en el momento en que comenzó a perder terreno, recibió el apoyo cubano —dando lugar a la conocida campaña del Che en el Congo—, soviético, chino y de la vecina Tanganica.

valeroso hermano al que amo más de lo que me amo a mí mismo, pero lo he entregado a la revolución. Acepto la posibilidad eventual de su muerte, como acepto la posibilidad de la mía. Un momento de debilidad, un resbalón, un error y, como somos los hombres que no podemos cometer ninguno, saldrá el disparo que no perdona. Acepto todo esto como una parte necesaria de nuestra vida. No quiero criar más esclavos negros. Contamos con un enemigo definido que nos acepta solo sobre la base de una relación entre amo y esclavo. Cuando yo me rebelo, la esclavitud muere conmigo. Me resisto a regresar a ella. En este rechazo está fundamentada mi vida.

Madre negra, vas a tener que dejar de criar a cobardes: «Sé un buen chico», «Me vas a dar disgustos hasta la muerte, muchacho», «No te fíes de esos negros», «Deja de permitir que esos negros malos te guíen», «Consigue un dólar, muchacho». Madre negra, tu manera de ocuparte de la supervivencia de nuestros hijos está errada, si se trata de una supervivencia al precio de su condición de hombres.

El joven miembro del Partido Pantera Negra, nuestra vanguardia, debe ser abrazado, protegido, hay que permitirle que haga su camino. Debemos aprender de él para enseñarle; muy pronto será un adulto, un hijo y un hermano del que podremos estar orgullosos. Si cede, le infundiremos valor; cuando dé un paso, daremos el paso con él; dialéctica, comunión en perfecta armonía y no habrá nunca, jamás, otro caso como el de Fred Hampton.

Poder para el pueblo.

George

